



Cartomante

Esplendor la llamó Nicolasa desde que la vio de la mano de Sabina, su madrina. La crió Nicolasa a la muerte de Sabina. Fue Nicolasa que la llamó Esplendor y no Armen como antes se llamaba, por los ojos azabaches y una frente nimbada, tersa, imperturbable. Desde niña detenía el ladrido de los perros al acercarse. Hipnotizados a los pájaros, que la seguían en bandadas. Amiga de las amigas de Penélope. Cuñada de Elia. Vivió siempre en la tapera reconstruida detrás del molino viejo. En la calle de los Desaparecidos, como le pusieron por error después del día en que cortaron esa calle de pedregullo que antes llegaba a dos leguas, pasando la cañada, hasta los muros del cementerio abandonado, antes llamada de los Ombúes, y que antes se llamó de la Renga Chica, según Honorino Brunengo. Aunque nadie se acuerda de que se haya llamado así.

Ahora, sobre la puerta de la tapera reconstruida en madera, se lee: Casa del Azar. Un irresponsable intentó corregirlo en el murete de enfrente sin éxito. Esplendor tira las cartas y arruga cuando despega lo cierto de lo incierto, como si fueran dos caras en una misma piel que desliza hasta con humildad sobre la mesa siempre limpia de madera de nogal lustrado con aceite de peroba. Nadie sabe dónde o cuándo aprendió todo lo que sabe, pero para el vecindario bastante chato en sorpresas de cualquier índole, es una especie de catástrofe aguardar revelaciones de su boca o los visitantes que llegan en autos lujosos o también a pie. El almacenero Perrone le hace llevar, cuando ella disponga, surtidos de verduras y víveres desde que curó a su hijo de veintiún años de meningitis, con un pase y un santiguado sin verlo siquiera, desde su cuarto severo pintado de rojo granate. Tiene un mirlo según contó Nicolasa en una jaula siempre cubierto con un paño. El pájaro sólo canta en ausencia de cualquier visitante. Sale a caminar hasta el arroyo, con sol o lluvia, en invierno o en verano, muy temprano al rayar el día, vestida de negro riguroso, como las mujeres del sur de Italia, y luego permanece como fascinada por lo que es capaz de percibir detrás del espejo cascado que tiene en la habitación roja, convertido en un vidrio oscuro surcado por hilos tenues de luces bajas, casi mortecinas.

“Para que algo suceda, otro hecho debe cambiar. Nacer diferente de como lo hubiera hecho. El pensamiento tiene un cuerpo aún invisible. Las cartas buscan tu respuesta en la tabla rasa de tu mente puesta a cero por el Alea santa. La descomposición es una de las formas de la interpretación del vacío.” Así hablaba Esplendor con Nicolasa asombrada hasta los huesos de esa mujer criada por ella, definitivamente zarpada de su origen y su rincón de vida. Le calienta lo que

no sabe. Lo que sabe la deja fría.

“La noche se burla de las cartas, cuando cae sobre una persona ciega que se mira al espejo. El invisible puede vagar donde quiera sin obligar a nadie a verlo. Aunque tiene una segunda cara, desde la que aun lo más lejano se hace visible. Se contenta con lo que se imagina. Raspa con los dedos un calendario de madera. El ciego reflexiona sobre la montaña con un puñado de arena seca. Canturrea una milonga con letra del ciego Borges.

Nuestro cuerpo verdadero y total continúa a formarse a partir de muchos cuerpos. Creciendo en una conciencia hojaldrada y única.”

Un día la visitó el cura y le conminó severamente a evitar su conducta para él diabólica y desviada de la fe verdadera. Durante largo tiempo escuchó al cura y luego lo despidió dulcemente con aquellas palabras que parecían sacadas de un salmo:

“Mis ojos han visto el advenimiento del Señor, y la Parusía es de los que no lo niegan.”

El cura se fue desconcertado.

Nadie sabía que detrás del aparador de la sala roja tenía una puerta que silbaba imperceptiblemente y que daba al campo raso de chircas del fondo de la tapera. Un día, sin embargo, cuando Enio intentó en un ataque de locura estrangularla, Esplendor se deslizó como desvaneciéndose de entre las manos crispadas del hombre y acercándose al aparador abrió las dos hojas de la puerta de par en par. Un viento huracanado barrió el fondo. Arrancó las chircas de cuajo, y como un corcho en un remolino, a Enio se lo despidió, girando. Dicen que desapareció en el cementerio.

Quizá es por eso que a la calle la llaman con ese otro nombre.

Nicolasa atinó a salir de su cuarto al otro lado de la tapera y cerrando la puerta, fue la que la tapó con el mueble. Esplendor, serena. La negra que sabía que algo inexplicable había sucedido. Ella sabe todo desde el principio.

También es la única que sabe que Esplendor es totalmente ciega.

Sus ojos se burlan de la luz, porque puede describir un objeto con tal precisión como si lo conociera antes de verlo.

Por eso y por todo lo que sabe, nadie creyó jamás que Esplendor sea realmente ciega.